

Lee el capítulo 3, “El Sr. Todorriesgo”

Paula dos pulgares, 2000

El Sr. Todorriesgo

Y ahora volvamos a Paula. A la que, si no recuerdo mal, habíamos dejado haciendo la maleta. Viéndose en el trance de hacer la maleta, cogió la más grande que pudo encontrar en su casa y metió dentro lo más imprescindible en caso de supervivencia:

Sus shorts de verano, que ya tenían más agujeros que un queso gruyer y que resultaban de lo más comfortable. Un jersey de lana de colorines que le había tejido Dorita. Una caja de cristal que contenía su colección de conchas y piedras. El cuadro con la inicial de su nombre, una P en letra gótica en cuyo interior su padre había pintado a toda la familia. La colección completa de Grandes aventuras y una caja de colores que le habían regalado en su último cumpleaños y que aún no había estrenado.

Con este equipaje se dispuso a abandonar su casa.

—Esta maleta pesa como un muerto —gruñó tía Geda, perdiendo la compostura, al tratar de meterla en el maletero—. ¿Se puede saber lo que llevas dentro?

—Lo más necesario —contestó Paula con sinceridad.

—Supongo que habrás puesto tu cepillo de dientes, el cepillo del cabello, jabón perfumado y agua de colonia, unas tijeras para las uñas y otras cosas que una señorita como tú va a necesitar en una casa como la nuestra: vestidos de organza y popelín, diademas y un surtido de zapatos para todas las ocasiones. Me costaría creer que tu madre fuera tan desalmada como para privarte de esas cosas —añadió y un gesto de profunda duda se le dibujó en la cara. —Yo tengo por lo menos veintitrés pares de zapatos para fiestas, sin contar los de diario —gorjeó la prima Gedita.

—No me interrumpas, Gedita. Ya sabes, cielo, que lo niños tienen que callar cuando hablan los mayores —dijo la tía Geda, sin mirar a su hija. Y ésta aprovechó el momento para ponerse bizca y sacarle la lengua.

—Bien dicho, hija —dijo la abuela Geda sin dejar de fumar—. Hay que ver lo bien que educas a la princesa.

Tal como pudo comprobar Paula más tarde, los miembros de aquella familia tenían al monstruo de Gedita por una verdadera princesa, y utilizaban con frecuencia este nombre para referirse a ella. A Paula no le sorprendió, porque en aquella parte de su familia, que hasta el momento no conocía, todo funcionaba al revés: a una monstrea la llamaban princesa, a un hogar, ratonera, a un dibujante con talento, pobre diablo, a una madre atenta y cariñosa, desalmada, y a un vulgar piso de doscientos metros cuadrados, mansión, y eso sólo por poner algunos ejemplos.

La mansión estaba situada, efectivamente, en la parte “alta” de la ciudad, en una calle ruidosa por la que bajaban los autobuses a trescientos por hora. Justo frente al edificio en que vivían las Gedas, había una parada de autobús. Allí paraban el 76, el 12, el 34, el 98, el 108 y otros innumerables autobuses de los que Paula aprendió a perder la cuenta. Al frenar bruscamente, los autobuses emitían chirridos espantosos que se metían dentro de la mansión, de manera que parecía que la parada de autobús estaba en el mismísimo centro del comedor. La familia al completo fingía ignorar el zafarrancho que provocaba aquel ejército de autobuses.

Cada vez que un autobús frenaba, los platos saltaban sobre la mesa y había un festival de judías, arroz, garbanzos y lentejas sobre la mesa de caoba, estilo inglés, que constituía uno de los tesoros orgullo de la familia.

El cabeza de familia —que por supuesto ocupaba la cabecera de la mesa— se llevaba ambas manos a la cabeza, peinaba con calma su cabello hacia atrás, una mata oscura que empezaba a traicionarlo en la parte superior de la frente y en la coronilla. Tensaba el cuello como hacen los

gallos frente a las gallinas y decía, como si aquello no tuviera nada que ver con los autobuses y su situación personal, y fuera en cambio una cuestión de interés público:

—Esta ciudad cada vez tiene menos que ver con la que yo recuerdo de mi infancia: una ciudad tranquila donde se respetaba a la buena gente. Ya no reinan las buenas costumbres ni el respeto al prójimo. Esta Nación va de mal en peor. Se necesita una mano fuerte. Le diré a mi amigo Z que elabore un proyecto de ley para la Asamblea Nacional. Los parlamentarios tendrán que escuchar y alabar mis opiniones. ¡Tendrán que darme la razón! ¡Tendrán que inclinarse ante mí! ¡Seré elegido por mayoría absoluta! Entonces me encargaré del tráfico rodado. Haré desaparecer los autobuses, que son la cosa más vulgar del mundo.

La abuela Geda levantaba un dedo:

—¿Puedo decir algo, yerno? —preguntaba tímidamente.

—Tengo los oídos abiertos —decía el cabeza de familia, con mucha pompa y algo menos de respeto.

—Yo uso el 12 para ir al mercado.

—Pues entonces le perdonaré la vida al 12 o, mejor, te pondré el mercado más cerca, para que así no tengas que trasladarte. Hay una gran falta de mercados bien surtidos para los ciudadanos en esta parte alta de la ciudad. Esa también sería una espléndida manera de ganar votos. El artículo número 48 de la Constitución, Título V, Capítulo 7 dice que todos los ciudadanos tienen derecho a...

Cualquiera que hubiese escuchado las peroratas del cabeza de familia hubiera pensado que era político o abogado.

El cabeza de familia, yerno de la abuela Geda, amante esposo de la tía Geda y padre de la prima Gedita era, ni más ni menos, que Agente de Seguros; con mayúsculas, por favor, pues se trata de una profesión muy honorable. Aquel orgullo de la familia, aquella joya que la tía Geda tuvo la suerte de encontrar cuando ya estaba a punto de cumplir los treinta y cuatro años y quedarse soltera para el resto de sus días (a pesar de que ella afirmaba haber tenido innumerables pretendientes), respondía al nombre de Sr. Todorriesgo, llevaba el pelo engominado, lucía una orgullosa mandíbula de cartabón y se tenía por un hombre MUY IMPORTANTE.

—He logrado ser un hombre conocido en esta ciudad —decía cada dos por tres, mostrando muy ufano una foto de 2x2 cm. publicada en el Boletín Local de los Agentes de Seguros, en que se lo veía (junto a otros cien) condecorado con una medalla de latón, que él, a fuerza de repetirlo, había convertido en oro de mil quilates—. ¡Incluso salgo en prensa! —añadía, refiriéndose a la modesta foto del no menos modesto boletín.

Si por un lado el Sr. Todorriesgo detestaba los autobuses, por el otro vivía de ellos. Cuando soltaba aquellas peroratas todos los miembros de la familia fingían escucharlo con gran atención. Pero ninguno de ellos creía una sola palabra. Porque los autobuses, si bien eran la fuente de todo el estrépito en aquella casa, proporcionaban, también, el modus vivendi. El Sr. Todorriesgo había conseguido firmar cientos de contratos de seguros por accidente laboral, seguros contra terceros, seguros para autobuses a todo riesgo, seguros de vida y todos los seguros que están en oferta en el mercado, y aún otros salidos de su fértil imaginación, que se ponía a prueba a la hora de sacarle el dinero al prójimo.

Conocía a todos los conductores de autobús de aquella ciudad, y a todos los pasajeros. Porque todos y cada uno de ellos tenían contratada con él algún tipo de póliza. Por lo tanto, que pusieran aquella parada de autobuses delante de su mansión había sido algo providencial, porque el Sr. Todorriesgo —que nunca había querido trabajar más de tres horas diarias— tenía la oficina montada frente a su propia casa, en la marquesina de autobuses, donde los clientes le llegaban por decenas. Él sólo tenía que convencerlos. Y, como dominaba el arte de la hipocresía y el disimulo, en eso, era un maestro.

Por eso era tan IMPORTANTE y CONOCIDO. Porque un tanto por ciento muy elevado de aquella ciudad dependía de él para cobrar en caso de siniestro. Y era precisamente en este

momento, cuando alguien lo necesitaba “de verdad”, cuando él se hacía el longuis: «La oficina está cerrada», decía. «Por hoy, ya he trabajado demasiado».

Y así, los coches se quedaban sin reparar, las viudas con siete hijos en la miseria, los trabajadores que habían perdido un dedo en accidente laboral, sin atención médica. La ciudad se fue llenando de coches más escacharrados que una cáscara de caracol cuando la pisamos, de viudas llorosas y en pena, de huérfanos desvalidos y de trabajadores que ya no podían usar sus manos para trabajar porque ya no tenían dedos.

Hubo un director de circo que, habiendo perdido la carpa y los animales por un incendio “fortuito” tuvo que oír de labios del Sr. Todorriesgo:

—Y nosotros qué quiere que le digamos, señor mío, si no ha sido “fuerza mayor”. Si lo hubiera perdido todo a causa de un terremoto, de un maremoto, de un tsunami o de una explosión nuclear, la Compañía se hubiera hecho cargo de todo (por supuesto, era mentira). Pero un incendio causado por una chispa eléctrica... ¡Señor mío! Eso es “caso fortuito”. ¿Quién nos dice a nosotros que no lo ha provocado usted mismo? ¡Pruebas! ¡Necesitamos pruebas!

El director de circo lloró amargas lágrimas por sus animales perdidos, y se desesperó buscando la chispa que había provocado el incendio. El mago, la ayudante del mago, los funambulistas, el domador de leones, el encantador de serpientes y la trapecista se pusieron a rastrear entre las cenizas. Como no encontraron nada, el director del circo tuvo que conformarse con mil pesetas de indemnización. Con eso invitó a cenar a toda la troupe para que la despedida no fuera tan triste.

Por una temporada muy larga, los niños de la ciudad se quedaron sin circo.

Así se las gastaba el Sr. Todorriesgo. E iba por la calle diciéndoles a los vecinos:

—¡Qué lástima que nos hayamos quedado sin circo! ¡Qué pérdida tan irreparable!

Así, de paso, provocaba la simpatía de aquellos que lo conocían sólo de cruzarse por la calle o en la puerta del ascensor. Porque el Sr. Todorriesgo era de los que dejaba pasar a las damas y a los caballeros. Y aún a los niños y a los perros si olfateaba la posibilidad de un nuevo seguro. A la prima Gedita le importó un pimiento la desgracia del circo. Los números le parecían de lo más aburrido. Sobre todo el de los payasos, que según su punto de vista eran patéticos. La prima Gedita alabó la actuación de su padre, y el Sr. Todorriesgo se sintió orgullísimo de aquel engendro.

—Serás mi sucesora. Cuando me muera te dejaré bien colocada. Mi cartera de clientes, la mansión, las propiedades, las joyas y los muebles. Todo será para ti, princesa.

—Oh, papaito. ¡Qué bueno eres!

—Eres el hombre más espléndido del universo —añadía la tía Geda.

—¡Qué suerte tuviste de encontrar una joya como ésta —le decía muy convencida la abuela Geda a la tía Geda.

El Sr. Todorriesgo carraspeaba:

—Ya lo sé, queridas mías, mis gallinitas. Pero no digáis más. Me sonrojo —era mentira—. Ya sabéis que soy un hombre extremadamente modesto.

A Paula estas conversaciones, que tenían lugar alrededor de la mesa de caoba estilo inglés, le daban náuseas.